

*

JULIÁN DEL CASAL

*

REY SOLITARIO

COMO LA AURORA

[Antología poética]

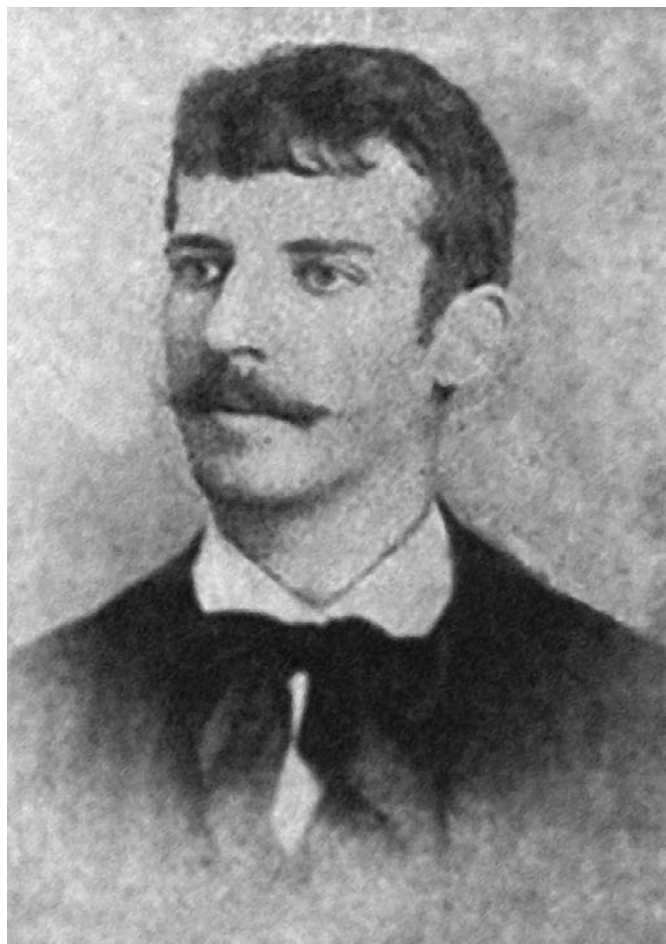


*

RENACIMIENTO

*

REY SOLITARIO COMO LA AURORA



Julían del Casal

REY SOLITARIO

COMO LA AURORA

[*Antología poética*]

Selección y prólogo de Carlos Javier Morales



RENACIMIENTO
SEVILLA • MMIX

Diseño de cubierta: Marie-Christine del Castillo

Colección «Antologías de Renacimiento»

Serie Americana

Director: Rafael Adolfo Téllez

© Edición: Carlos Javier Morales Alonso

© 2009. Editorial Renacimiento

Depósito Legal: S. 1.169-2009

ISBN: 978-84-8472-477-3

Impreso en España

ISBN eBook: 978-84-8472-746-0

Printed in Spain

PRÓLOGO

JULIÁN DEL CASAL: LA PALABRA COMO ÚNICA COMPAÑÍA

«Aquel nombre tan bello que al pie de los versos tristes y joyantes parecía invención romántica más que realidad, no es ya el nombre de un vivo. Aquel fino espíritu, aquel cariño medroso y tierno, aquella ideal peregrinación, aquel melancólico amor a la hermosura ausente de su tierra nativa, porque las letras sólo pueden ser enlutadas o hetairas en un país sin libertad, ya no son más que un puñado de versos, impresos en papel infeliz, como dicen que fue la vida del poeta.»

JOSÉ MARTÍ, «Julián del Casal», en *Patria*, 31-X-1893

CON estas palabras iniciaba José Martí el breve obituario que publicó sobre Julián del Casal (Cuba, 1863-1893) desde Nueva York, unos días después del fallecimiento de su compatriota. El sincero aprecio de Martí hacia Casal se hace bien patente en este artículo, a pesar de que ambos poetas no se conocieran personalmente y de la notoria diferencia de temperamento y de espíritu entre ellos. Además, estas palabras de Martí sobre el joven escritor difunto nos introducen muy bien en la vida y en el mundo poético casalianos.

Y es que, contemplada aún hoy, a más de un siglo de distancia, la vida de Julián del Casal no parece haber tenido otro sentido que el de crear para nosotros este «puñado de versos» que dice Martí, esta breve pero perenne obra poética. En efecto, si la miramos con los ojos de este mundo y la juzgamos a través de lo que se puede ver y palpar (que en este caso son sus poemas, sus ensayos y crónicas para la prensa y sus originales cuentos), resulta difícil imaginar algún momento de plenitud interior en un hombre que continuamente nos hace partícipes de su dolor cotidiano, de la habitual incompreensión de sus semejantes, de su inequívoca frustración existencial. Y más perplejos quedamos al saber que tal conciencia de haber sufrido se forjó y se expresó a lo largo de una brevísima existencia: en apenas treinta años. Se diría que, en ese corto vivir, nuestro poeta tan sólo alcanzó la dicha de poder transmitir su dolor en unos versos de extraña hondura espiritual, unida siempre a una intensísima vibración de los sentidos.

Es esa ecuación entre la profunda intimidad y la fuerte palpitación sensorial de su poesía lo que convierte al siempre joven Julián del Casal en un autén-

tico iniciador del Modernismo, junto a José Martí, al mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, al colombiano José Asunción Silva y al propio Rubén Darío. De manera que la poesía casaliana abre, casi a la vez que la de sus compañeros americanos mencionados, el gran capítulo de la poesía modernista hispánica, que es, por cierto, el gran portón de entrada hacia la modernidad poética de la lengua española. Lo meritorio de Casal no es sólo figurar —y figurar brillantemente— en la promoción inicial de este movimiento, sino el hecho mismo de que entre él y los otros poetas modernistas de su generación (salvando el caso de Darío, a quien conoció personalmente y de quien leyó ávidamente su *Azul*, de 1888) no parece que existiera una estrecha relación personal ni una lectura habitual de sus respectivos poemas (salvando también el contacto entre Martí y Gutiérrez Nájera). Y esa falta de acercamiento real se debió tanto a la lejanía geográfica entre unos y otros como a la circunstancia de que la mayor parte de la poesía de Martí, Nájera y Silva aún se hallaba inédita a la muerte de Casal. Mientras, los textos publicados de cada uno sólo habían circulado en ediciones de reducida difusión.

Por otra parte, en la poesía de nuestro autor, escrita en la década de 1880 y principios de la siguiente, y a pesar de su posición fundacional dentro del Modernismo, podemos encontrar casi todos los rasgos espirituales, estéticos y estilísticos que darán carta de naturaleza a este decisivo movimiento. En otras palabras: prácticamente todos los influjos, los temas, los mitos y los grandes hallazgos expresivos que admiramos a lo largo de toda la poesía modernista se perciben nítidamente en la obra de Julián del Casal (con excepción de la corriente ocultista y teosófica que cultivan los modernistas posteriores, y aun el mismo Darío; la cual no es sino una manifestación más del hambre de ideales absolutos que sacude al poeta finisecular y, desde luego, a nuestro Casal, aunque él no se iniciara en tales ritos religiosos). Y lo sorprendente es que esos variados temas y tonos del Modernismo no se perciben en su poesía de una forma caótica o artificiosa, sino sintetizados, fundidos en un voz muy personal, muy suya, que trata de expresar un drama también personalísimo.

Este drama de su vida, representado con mayor explicitud conforme avanza su creación poética, consiste en una angustiosa tensión entre el materialismo burgués que se respira en todo el mundo occidental hacia

finales del siglo XIX, de una parte, y, de otra, la agobiante búsqueda de un Ideal trascendente a la materia y al mundo visible que dé sentido a las más profundas aspiraciones del alma humana. En el caso particular de nuestro poeta, al materialismo burgués, con su confianza absoluta en el progreso científico, en el capital industrial y en el bienestar económico, se suma la estrechez espiritual de una isla, Cuba, que ha alcanzado un nivel de progreso material muy sobresaliente dentro de la América hispana, pero que culturalmente se siente en la periferia colonial del imperio español, el cual, ya en su centro, en la Península, se halla desde hace mucho en profunda decadencia. El ambiente cultural de La Habana asfixia a nuestro poeta por los delirios de grandeza económica que suscita en la clase burguesa y, a la vez, por las rígidas convenciones sociales impuestas desde la vieja y lejana metrópoli. De ahí que la poesía de Casal sea muy cubana por omisión, es decir, por su explícito rechazo al reflejo directo del ambiente circundante, a la pintura local y a cualquier signo externo de cubanidad; en definitiva, por las «Nostalgias» de otras tierras y otros mundos, como reza en el poema homónimo de su libro *Nieve*.

Y tal materialismo burgués, concebido por muchos como el triunfo del hombre sobre la Naturaleza, ha minado (conscientemente o no: depende de cada individuo) la fe cristiana en el carácter sagrado y trascendente de la existencia humana, sin haberla sustituido por otra puerta hacia el Infinito, con el consiguiente sentimiento de reclusión en la materia que encadena a los espíritus más inquietos y, por ello, más desorientados. Tal es el caso de Julián del Casal, quien representa poéticamente esta ansiedad psíquica y moral con una especial gravedad y con una intimidad de sello inconfundible, que sale siempre airosa del gran riesgo del impudor locuaz en que cayeron tantos románticos de grito exaltado y alma exhibicionista.

No obstante, esa gravedad de su drama interior se hace siempre palpable por los sentidos: nunca se queda en la abstracción de un discurso moralista o psicológico. Casal nos hace ver, oír, paladear, oler y palpar con nuestros sentidos la batalla interior que libra en su vida y la angustia en que queda sumido habitualmente. Y lo hace con una espontaneidad y una sutileza asombrosas: cualquier objeto de fuerte impacto sensorial, cualquier anécdota o historieta más o menos curiosa, por lúdica y banal que parezca en un principio, alcanzan enseguida una significación

trascendente que los eleva muy por encima de la materia de que están hechos. De manera que la plasticidad parnasiana aprendida en los poetas franceses de mediados de su siglo casi nunca se queda en un mero alarde sensual, sino que se hace portadora de un simbolismo significativo de inagotable enjundia. En efecto, Casal, desde muy pronto, aprendió a expresar por vía inconsciente, por el hechizo misterioso de los sentidos, los movimientos más secretos de su alma. Como advirtió hace tiempo Luis Antonio de Villena, «con bastante frecuencia, el poeta parnasiano pretende, con su escena histórica o con su descripción paisajística, evocar una sensación, o sugerir —lejanamente— un estado de ánimo. Evocación o sugerencia que se incrementan en intención si el poeta tiene un mundo personal íntimo, cuya expresión continuamente se le escapa, aunque sea a través de situaciones paralelas, y guardando una aparente distancia. Y ése es el caso de Casal. Su mundo estético-morbo, su pesimismo, su frustración ante la vida, los valores de su código moral, pueden más que el teórico objetivismo de los parnasianos»¹.

1. L. A. de VILLENA, «El camino simbolista de Julián del Casal», en José Olivio Jiménez (ed.), *El simbolismo*, Madrid, Ed. Taurus, 1979, p. 118.

Otro de los grandes valores de la poesía que ofrecemos en esta muestra antológica reside en la poderosa cohesión textual y emotiva con la que nuestro autor ha construido cada poema. Cada uno de ellos (o, al menos, ese buen número de ellos que resisten el paso del tiempo y confirman la genialidad de su creador) avanza siempre a los ojos del lector con una intensidad dramática que va creciendo discretamente durante la lectura, para culminar en una descarga poética final que nos resulta máximamente inquietante, tanto por lo inesperado de la reacción emotiva como por la fuerza increíble de su pesadumbre. La cohesión del texto, su vigorosa energía centrípeta, también se ha hecho posible por el empleo de unas palabras cinceladas, escogidas tras una rigurosa selección verbal, la cual se manifiesta en una gran economía expresiva (Casal es un maestro del soneto y un cultivador frecuente de esta estrofa) y en una sintaxis y un ritmo que, aun habiendo pasado por el laborioso acrisolamiento de su taller, dan lugar a una dicción poética de muy sobria naturalidad, como una confidencia espontánea, a pesar de todos sus lujos sensoriales y de su envolvente musicalidad.

Y tras esta valoración inicial de la obra poética que aquí presento, ofrezco al lector no iniciado en la vida y la

obra de Julián del Casal unos breves apuntes biográficos de nuestro autor, que le servirán para enmarcarlo adecuadamente en su tiempo y para apreciar mejor todo lo que supo realizar poéticamente dentro de tan limitadas coordenadas históricas.

Julián del Casal y de la Lastra nació en La Habana el 7 de noviembre de 1863, hijo de un vasco copropietario de dos ingenios azucareros y de una cubana de Pinar del Río, aunque de cercana ascendencia peninsular. Fue el tercero de cuatro hermanos y tuvo la temprana desdicha de perder a su madre a los cinco años de edad, la cual dejará en su vida un vacío insustituible. Estudia el Bachillerato en el Real Colegio de Belén, dirigido en La Habana por la Compañía de Jesús, y posteriormente, en 1880, inicia los estudios de Derecho en la universidad de su ciudad, aunque no aprobó más allá del primer curso, debido a su afición por las letras y, poco después, a las dificultades económicas que le acarreó la muerte de su padre, en 1885. Después de abandonar sus estudios, a principios de los años ochenta, comienza a trabajar como empleado de bajo rango en la Delegación de Hacienda, mientras asiste a las tertulias literarias más selectas de La Habana. Ésta es la época en que cono-

ce a Ramón Meza, amigo de por vida que le facilita la lectura de los poetas románticos franceses y españoles. También de esos años arranca su amistad con Enrique Hernández Miyares, fundador y director de la revista *La Habana Elegante*, que se caracteriza por su aristocratismos cultural y su apertura a todas las novedades literarias y artísticas del extranjero. En 1885 Casal comienza a colaborar con esa revista, y pronto lo hará con otras de gran predicamento y difusión entre la sociedad ilustrada de Cuba, como *El Fígaro*, *La Discusión*, *La Caricatura* (posterior es su incorporación a las columnas de *La Habana Literaria*).

Esta asidua presencia en los medios de difusión literaria más prestigiosos de su tierra le propinan una temprana notoriedad entre las mentes más abiertas, así como la incomprensión de las personas más aferradas a los patrones de una convencional vida burguesa. Tal incomprensión se agudiza en 1888, cuando publica en *La Habana Elegante* un artículo irónico y agudamente crítico hacia el Capitán General de la isla, Sabas Marín, escrito que provoca su cese como empleado público en Hacienda. Ese año Julián vende un solar heredado y reúne el dinero suficiente para viajar hasta París, la ciudad de su en-